

tinuado sosteniéndole con su dinero y sus soldados. Pero Luis *el Gordo*, obligado entonces á hacer una guerra sin cuartel á su propio senescal, Esteban de Garlande, y á luchar contra una parte del clero francés, no pudo ocuparse de los asuntos de Flandes hasta la primavera de 1128, cuando estaba ya ese país casi perdido para su apadrinado. Llegó hasta Arras y escribió á los burgueses de Brujas mandándoles que le enviasen ocho de ellos para tratar con sus barones de los medios de hacer la paz con el conde Guillermo. La respuesta de los flamencos, altiva y violenta, demostró hasta qué punto había cambiado la situación. Fué una verdadera requisitoria, dirigida no sólo contra Clitón, de quien enumeraban los abusos de poder y los desafueros, sino también contra el rey de Francia, á quien acusaban de haber traficado por mil marcos con la corona de Flandes. Discutíanle además formalmente el derecho de disponer de ella. «El rey de Francia no tiene ninguna autoridad sobre la elección del conde de Flandes. Que el conde muera, con ó sin hijos, los pares de la señoría y los ciudadanos de las ciudades son los únicos que tienen el derecho de elegir el heredero más próximo y de elevarlo al trono. Como feudatario del rey de Francia, el conde de Flandes le debe sólo el servicio militar y nada más. No tiene el rey ningún derecho á imponernos por fuerza un conde, y aún menos á establecer sobre nosotros una dominación que sería el fruto de un vergonzoso negocio.»

Luis *el Gordo* no era hombre para sufrir que los villanos de Flandes le dieran lecciones de derecho y de moral. Pero se las había entonces con tales dificultades, que no pudo tomar inmediata venganza. Se contentó, para empezar, con hacer pronunciar entredicho sobre las iglesias flamencas por su primo Simón de Vermandois, obispo de Noyón y de Tournai. En la asamblea que reunió en seguida en Arras, el arzobispo de Reims citó á Thierry de Alsacia á su tribunal, le excomulgó y excomulgó á sus partidarios y lanzó entredicho sobre la ciudad de Lille. Intimó el mismo Luis al rival de Clitón la orden de salir del reino y de volver á Lorena. Pero no era con sentencias de la Iglesia ni con cartas amenazadoras con lo que podía salvarse una situación tan comprometida.

Se decidió el rey, en fin, á tomar una medida más eficaz: citó á Thierry en Lille durante seis días, y después, apremiado sin duda á volver á sus Estados y desesperando de darla cima, renunció á su empresa. Los acontecimientos se precipitaron. Mortalmente herido en el sitio de Alost, el desgraciado hijo de Roberto *Courte-Heuse* no tardó en terminar bajo el hábito monástico una vida consagrada por entero á la persecución de reivindicaciones de antemano condenadas y á proyectos irrealizables. Debió Luis resignarse ante los hechos consumados. Cuando hubo Thierry de Alsacia triunfado de la resistencia de Guillermo de Ipres y de los ataques del duque de Lovaina, fué preciso reconocerle como legítimo propietario del condado. No había transcurrido el año 1128 sin que el nuevo conde de Flandes no se hubiese presentado ante su soberano y recibido de sus manos la investidura de todos aquellos de sus feudos que dependían del reino de Francia. Parece que Thierry vivió desde entonces en buena armonía con el protector de Guillermo Clitón.

La empresa de Flandes, una de las osadías del reino, había fracasado. El tiempo de las luchas victoriosas contra los altos barones y de la sumisión de los grandes feudos no ha llegado aún. Para el feudalismo soberano el rey de Francia es el adversario que se rechaza ó el extranjero á que no se conoce. Luis *el Gordo* no apareció jamás, ni jamás operó militarmente en el ducado de Borgoña, en el condado de Bretaña, en el condado de Tolosa, en los Estados gascones y potevinos del duque de Aquitania. El conde de Anjou, su aliado temporal, se mantuvo por completo independiente, teniendo su dominio cerrado á la ingerencia de los agentes reales. En el país del Alto y del Bajo Sena, los grandes señores, dueños absolutos de su provincia, no cesaron de ser sus enemigos. Pero el más temible de todos para la Francia capeta fué naturalmente el duque de Normandía, un vasallo que llevaba corona y contra el cual debían estrellarse las fuerzas todavía mediocres del rey soldado.

III.—Luis «el Gordo» y la monarquía anglo-normanda

Conocemos ya al dueño de la isla anglo-normanda, Enrique I Beauclerc, el más joven de los hijos de Guillermo *el Conquistador* (1100-1135). Valía lo que Luis como hombre de guerra y le superaba de mucho como hombre de Estado. Disponiendo de todos los recursos de un reino que sostenía bien en sus manos y en que el clero mismo se resignaba á soportar una dominación de las más duras, contaba con medios y procedimientos que no poseyó jamás el Capeto. Esta superioridad no pasó inadvertida á sus contemporáneos.

«Desde que reunió en sí, dice Orderico Vital, la corona de Inglaterra y el ducado de Normandía, gobernó estos dos Estados con sabiduría y gozó de una constante prosperidad por el esmero que puso en no debilitar jamás su vigor primero ni la severidad de las leyes. Supo refrenar á la turbulenta nobleza, prevenir las sediciones de la burguesía, reprimir los atentados de los osados tiranos que querían igualársele. En cuanto á los que eran materialmente pacíficos, las personas de la Iglesia y el humilde pueblo, los trató siempre con dulzura y los protegió constantemente. Puso todo su celo en procurar la paz á sus pueblos y en castigar con vigor á aquellos que osaron turbarla. Deseoso de saberlo todo, dotado de una memoria imperturbable, entraba en los detalles de todos los asuntos de sus ministros y de los grandes de su Estado. Era el árbitro universal de todas las diferencias que surgían entre sus súbditos. En una palabra, no vacilo en afirmar, después de haber leído atentamente todas nuestras historias, que jamás Inglaterra tuvo un rey más opulento que Enrique, más poderoso y mejor provisto de todo lo que, según el mundo, puede adornar á un soberano.»

El normando Orderico era quizá inclinado á exagerar la admiración que le inspiraba el jefe de la dinastía normanda; pero Suger, el hombre del rey de Francia, hace de Enrique I un retrato aún más lisonjero. «Héroe ilustre en la paz como en la guerra, genio admirable cuya gloria llenó el universo casi enteramente. Ante él la tierra enmudecía.» Nunca dijo tanto de Luis *el Gordo*. Los vicios de este rey de Inglaterra, cruel y licencioso, desaparecen en el esplendor de su obra política.

Enrique I combatió á Luis *el Gordo* durante veinticinco años y casi sin interrupción. Activamente secundado por su sobrino Thibaut IV de Blois, se hizo el inspirador y el sostén de todas las coaliciones feudales dirigidas contra el rey de Francia. Duelo desigual de que no podía el Capeto salir victorioso.

En un primer período de hostilidades (1109-1113), obligado Luis á hacer frente á la vez á los normandos, al conde de Blois y á los castellanos de la Isla de Francia, no habría quizá escapado á este triple peligro sin el apoyo del conde de Flandes. La leyenda relata que un audaz golpe de mano del conde de Meulán, un francés vendido á Inglaterra, pudo acarrear la toma de París (1111). La situación del rey de Francia hubiera sido entonces más desesperada si Enrique hubiera sido dueño de todas las fuerzas de Normandía; pero los varones del ducado se dividieron. Los unos rindieron homenaje á Guillermo Adelin, hijo mayor del rey de Inglaterra: los otros al pretendiente Guillermo Clitón. Luis *el Gordo* no se libró de firmar en Gisors un tratado humillante que dió á Enrique I la soberanía del Maine y de la Bretaña (1113). La soberanía del rey de Francia quedó con este hecho gravemente quebrantada.

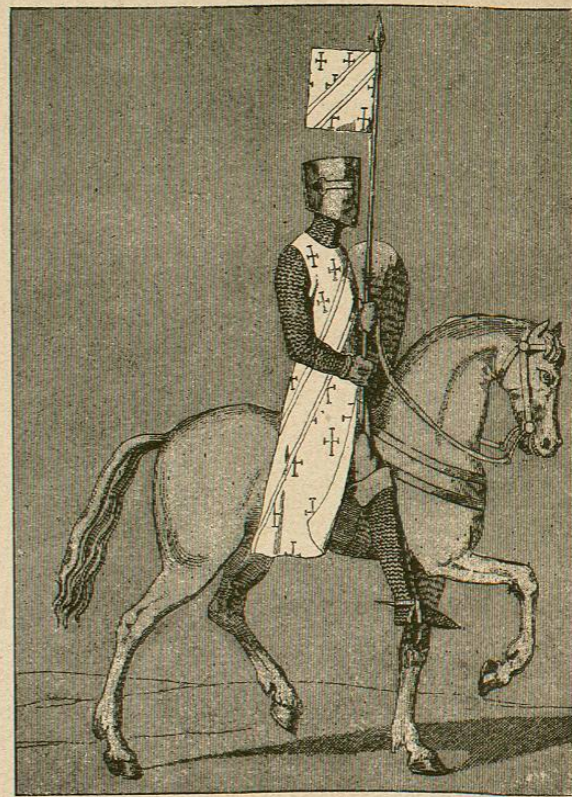
Separar Normandía de Inglaterra, enardecer las pretensiones de los colaterales de la familia reinante, esta táctica, que había dado el triunfo á Felipe I, se imponía más que nunca á su sucesor. Se empeñó Luis en sostener á Clitón y comenzó un segundo período de guerra (1116-1120). El 20 de agosto de 1119, se aprovechó Enrique I de la inconcebible temeridad del rey de Francia, que se internó en tierra normanda á la cabeza de un puñado de hombres, sin tomar las debidas precauciones, con un soberbio desprecio del enemigo.

Reunió Enrique sigilosamente un considerable ejército y encontró á los franceses en la llanura de Bremule, cerca de Noyón-sur-l'Andelle. Bouchard de Montmorenci disuadió á su soberano de librar batalla contra adversarios que contaban con la superioridad del número, del equipo y del orden. Luis VI, acosado por la caballería de Vexin y no escuchando más voz que la de su ardimiento, se lanzó sobre los ingleses, como siempre, á la desesperada. La derrota fué poco sangrienta, pero decisiva. Luis huyó después de haberse internado en la selva de Musegros hasta los Andelis. Perdió su caballo de batalla y su bandera.

El fracaso fué grande y Suger se esfuerza en vano en atenuar su importancia. Luis, furioso y humillado, intentó sin pérdida de tiempo tomar la revancha. Con las milicias diocesanas y los contingentes feudales de toda la Francia del Norte y del Centro reunidas apresuradamente, incendió Ivri y sitió Breteuil. Raúl *el Bretón*, que defendía la plaza en nombre de Enrique I, resistió energicamente, y Luis debió retirarse, lleno de rabia el corazón. Costó trabajo evitar que incendiase la ciudad de Chartres en venganza contra el conde Thibaut.

La política iba quizá á resarcirle mejor que las armas. Se abrió en Reims un concilio bajo la presidencia del papa Calixto II. Luis quiso aprovecharse de su íntima alianza con el Pontificado para hacer condenar á su rival por la autoridad eclesiástica. Se presentó ante los obispos y denunció con vehemencia las iniquidades cometidas por Enrique y Thibaut, el tío y el sobrino. «El rey de Inglaterra, después de haber sido mucho tiempo mi

aliado, me ha inferido á mí y á mis súbditos muchos desafueros materiales y muchas injurias: se ha apoderado violentamente de Normandía, que depende de la corona, y ha tratado de una manera odiosa, contra toda justicia, á Roberto, duque de los normandos. Olvidando que Roberto es mi vasallo, su hermano y su señor, le ha hecho sufrir toda suerte de vejaciones, ha concluído por apoderarse de su persona y hace mucho tiempo que le tiene prisionero. Ved vosotros á mi lado, entre los que



Thibaut, conde de Blois
(De una vidriera de la catedral de Chartres)

me han acompañado en esta encerrona, á Guillermo, hijo de ese desgraciado duque, reducido al destierro y al cual nada queda de su patrimonio. He enviado al rey de Inglaterra obispos y condes que le han invitado á devolver su libertad al duque; nada he podido conseguir. ¿Qué digo?, ha hecho arrestar en su palacio á Roberto de Belleme, mi embajador, que se le había enviado provisto de mis instrucciones. Le ha hecho encadenar y le ha tenido hasta el día encerrado en un horrible calabozo. El conde Thibaut es mi vasallo, pero á instigación de su tío se ha insurreccionado contra mí. Engreído por sus riquezas y su poder, me ha hecho el pérfido una atroz guerra y ha sembrado el desorden en mi reino para desgracia de una multitud de gentes. Guillermo, conde de Nevers, hombre de bien y amigo del derecho, á quien todos conocéis, volvía del asedio de un castillo perteneciente á un pillo excomulgado. Thibaut le ha arrestado y le tiene hasta hoy prisionero. Estos hechos son de notoriedad pública.»

Orderico Vital, presente en el concilio, vió á ese rey de Francia y le pintó de una plumada: «Un hombre de buena estatura, grueso, pálido y que hablaba bien.» Cuando acabó Luis su discurso, los obispos y los aba-

des de Francia declararon que había dicho la verdad; pero con tanto ruido y tal animación, que el arzobispo de Ruán, encargado de responder á aquella requisitoria en nombre de Enrique I, no pudo decir ni una palabra (octubre de 1119).

El rey de Francia habría querido y esperaba que Calixto II se pronunciase solemnemente contra su enemigo. Olvidaba que tienen los vencidos poco prestigio y que la política romana no gusta de las decisiones concretas. El papa se contentó con entablar con el rey de Inglaterra una negociación que no terminó jamás. Oyó en Gisors la justificación de Enrique I, pero con tal complacencia que Guillermo de Malmesbury, inglés y todo, le acusó de haberse dejado corromper. Luis VI no tuvo otro remedio que firmar un nuevo tratado con su tan poderoso rival. Por toda ventaja recibió, respecto al ducado de Normandía, el reconocimiento de heredero presunto del trono inglés, concesión de pura forma y bien débil compensación de sus derrotas. La fatalidad se encargó de proporcionarle una victoria imprevista, en la cual no tuvo participación alguna.

El 25 de noviembre de 1120, el hijo mayor de Enrique I y casi toda la familia real de Inglaterra se embarcaron en Barfleur en el barco *Blanca Nave*, con una porción de jóvenes aturdidos que hicieron beber con exceso á los marineros y al piloto. Salieron de noche, alegremente, con una claridad de luna admirable; pero la tripulación borracha maniobró tan mal, que el barco topó con un barranco rocoso y en un minuto se fué á pique. Sólo un carnicero de Ruán, Bérold, sobrevivió á esta catástrofe que hizo renacer las esperanzas del partido francés. Normandía hubiese quizá aceptado á Guillermo Clitón, pero los ingleses no le querían. Esto no impidió al rey de Francia presentar de nuevo al hijo de Roberto *Courte-Heuse*. El conde de Anjou, Folco *el Joven*, tomó abiertamente su defensa, y Galerán de Meulán se sublevó contra Enrique I á la cabeza de una parte importante del feudalismo normando y de casi todos los caballeros del Vexin.

La guerra volvió por tercera vez á encenderse (1123). La energía y la actividad del rey de Inglaterra desconcertaron los proyectos de los coligados. Interesó á su yerno el emperador Enrique V en una alianza ofensiva contra el Capeto, y por atraer Anjou á su causa casó el único descendiente que le quedaba, su hija Matilde, con Godofredo *el Hermoso*, heredero del feudo angevino (1127). Así se preparó el futuro imperio de los Plantagenets. Hubiera sido preciso que Guillermo Clitón venciese en Flandes; pero su fracaso y su muerte prematura compensaron para Enrique I la desgracia de la *Blanca Nave*. Privado de su protegido, perdió Luis *el Gordo* su arma más eficaz. Esta serie de contratiempos no terminó

hasta 1135 por la muerte del rey de Inglaterra. La guerra larga y sangrienta que iba á embargar durante veinte años á los candidatos á su sucesión, paralizó el poderío anglo-normando y permitió respirar al Capeto.

IV.—Luis «el Gordo» su clero y su burguesía

Cuando se considera que aquel rey de Francia, al mismo tiempo que sufría los ataques de la vecina monarquía, tenía constantemente que habérselas con el pequeño feudalismo de su dominio y que trabajar por des-

truir el espíritu de independencia señorial, admira que pudiera resistir y mantenerse, y, finalmente, conservar su territorio intacto. Parece imposible que escapase á tantos peligros y enemistades. Se explica en parte este milagro por la unión íntima de Luis VI con su clero.

Obispos y abades pusieron á su servicio, no sólo la caballería de su vasallaje, sino cuadros de infantería del todo organizados y esas milicias de las parroquias dirigidas por sus curas, que las asociaciones de la paz de Dios habían, desde mediados del siglo XII, constituido. No olvidará la historia el recuerdo de aquel pobre cura, «un sacerdote calvo», á quien Luis *el Gordo* debió en 1111 la toma del torreón del Puiset. Los caballeros del rey de Francia desesperaban de ganarlo por el asalto. «De pronto, dice Suger, se vió á aquel sacerdote avanzar, descubierta la cabeza, sólo protegido por una mala tabla, y subir hasta la empalizada. Escondiéndose bajo las maderas que tapaban las aberturas, la arrancó pieza por pieza. Contento de triunfar tan fácilmente, hizo signos á las gentes del rey que dudaban, sin moverse en la llanura, si ayudarle. A la vista de ese clérigo sin armas que destruía tan valientemente la empalizada, saltan hasta él con hachas y útiles de hierro, cortan la cerca y la rompen. Allanada esta barrera, se diría que los muros de otra Jericó se hundían.» Las tropas del rey penetraron en el recinto y Hugo del Puiset fué hecho prisionero.

Lo mismo se servía Luis *el Gordo* de la Iglesia para reducir á los castellanos, como sabía utilizar su alianza con el episcopado para intentar introducir la influencia moral de la realeza en los grandes feudos á que no podía acudir de otro modo. En Bretaña, cuya soberanía política perdió, tomó la revancha confirmando las posesiones y los derechos del obispo de Nantes (1121). En Borgoña concedió un privilegio á la iglesia de Avallón. Su cancillería penetró hasta Langüedoc, donde el rey legisló en favor de la iglesia de Maguelone á ejemplo de los soberanos carolingios. Política fecunda que se impuso á todos sus sucesores y debía contribuir considerablemente á los progresos de la monarquía.

Mucho debía Luis á la Iglesia, pero mucho la daba también. La defendió contra los pícaros feudales de todos géneros. La dió á su lado, en su palacio, en sus consejos, puesto preeminente. Sus dos primeros ministros fueron un clérigo, Esteban de Garlande, y un abad, Suger. Sus consejeros políticos, sus diplomáticos en el extranjero fueron abades parisienses u obispos. Vivió y anduvo siempre en medio de clérigos y de monjes. Prodigó tierras y privilegios á los obispados, á los cabildos y á las abadías. Patrocinó el movimiento de regeneración monástica que se produjo por todas partes á su alrededor y colmó de gracias á las nuevas congregaciones del Cister, Prémontré, Tirón y Fontevault. Tomó parte en el entusiasmo general por la reforma y se puso al servicio de los reformadores. Se le vió obligar monjes á aceptar la regla de Cluni y expulsar religiosos que no observaban buena vida. Creó materialmente, dotándola, la gran abadía de San Víctor, intenso foco de propaganda espiritual. En fin, rompiendo con la tradición y los hábitos de sus predecesores, concertó con el Pontificado una alianza durable y dió la Francia como punto de apoyo, como lugar de asilo, á Pascual II, á Gelasio, á Calixto II, adversarios del imperio alemán. Con esto

hizo aún algo nuevo y fundó verdaderamente una tradición.

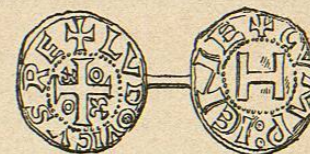
Esta estrecha unión de la monarquía de Francia con el clero y el papa tenía sus peligros: el aliado de la Iglesia corría siempre el peligro de convertirse en su subordinado. Pero Luis *el Gordo* supo conservarse independiente. Lo demostró así en 1113 cuando el Pontificado quiso dividir el obispado de Noyón-Tournai y dar un obispo particular á los turnesienses, lo que amenugaba en provecho de Flandes y del Hainaut el territorio sometido á la acción del rey de Francia. Luis protestó hasta amenazar á Roma con una ruptura, de tal modo que el obispo Ivo de Chartres juzgó prudente intervenir. «El rey, escribió á Pascual II, es un hombre sencillo, adicto á la Iglesia y lleno de cariño hacia la sede apostólica. Guardaos de turbar la paz que reina entre vosotros y no dejéis disminuir la sincera afección que á vos le liga.» Y Pascual cedió «por evitar un escándalo en el reino.»

El día en que Calixto II se propuso (1121) apoyar al arzobispo de Lyon en sus pretensiones á la primacía, que el arzobispo de Sens no quería reconocer, estalló otra tempestad, y Luis VI escribió él mismo al papa una carta casi conminatoria: «Preferiría ver mi reino incendiado y yo mismo próximo á la muerte, que sufrir la afrenta de que se sujetase la iglesia de Sens á la de Lyon.» Era que Lyon no correspondía al reino, y Luis no podía aceptar un atentado, aunque fuera indirecto, á la independencia de su reino. Continuaba recordando al papa, sin ningún miramiento, los servicios que había prestado á la Santa Sede, su fidelidad inquebrantable á una causa de que no habían logrado separarle ni los ruegos ni las promesas del emperador, y la reciente prueba de afección que había dado á la Iglesia romana, compareciendo en el concilio de Reims, con gran detrimento de su salud, entonces muy quebrantada, y de sus dominios, abandonados á los ataques del adversario. «No es que me arrepienta de haber obrado de ese modo, añadía; pero no quisiera que estos hechos se borrasen demasiado pronto de vuestra memoria.» Terminaba con algunas palabras secas é intencionadas. «El rey de Francia es el propio hijo de la Iglesia romana; pero si se le inflige una afrenta en un asunto de poca importancia, tendrá razón para creer que se está decidido á no concederle nada en los casos graves, y no se expondrá á sufrir un nuevo desaire.» El papa se tuvo por avisado y no insistió más.

Igual firmeza de actitud usó con el clero nacional. Se creyó Luis en el derecho de obligar á los obispos y los abades á reconocer la jurisdicción de su tribunal y á aceptar sus sentencias. A su reino correspondía el más antiguo ejemplo conocido de un proceso juzgado en primera instancia en un tribunal eclesiástico y llevado en apelación ante los jueces reales. El principio de la superioridad de la justicia real sobre la justicia de la Iglesia se halla aplicado claramente y casi formulado en el acta por la cual Luis compartió el derecho de rastro ó distrito con el obispo de París (1112-1116). Declaró mucho antes Felipe Augusto que los reyes no podían rendir homenaje á nadie, ni aun á una señoría de la Iglesia. Por otra parte, mantenía enérgicamente su derecho á intervenir en las elecciones de preladados. Se ha visto que, si renunciaba al homenaje y á la investidura, quería por

lo menos continuar concediendo el «permiso de elegir,» aprobando la elección y disponiendo del patronato. En fin, no vaciló tampoco en entrar en lucha abierta con el clero cuando los cambios producidos en éste le parecieron que comprometían el poder político de la realeza ó mermaban sus rentas. Ese protector de los clérigos y de los monjes, ese aliado del papa, ese fundador de San Víctor, hizo la guerra á los preladados reformistas. Persiguió á Hildeberto de Lavardin, Ivo de Chartres y al obispo de París, Esteban de Senlis. Hasta arrojó (ya sabemos en qué circunstancias) la temible indignación de San Bernardo. Propagador de la reforma, sobre todo en territorio ajeno, la rechazó cuando estuvo en oposición con sus intereses privados.

El interés también, y con frecuencia entendido con el criterio más estrecho, fué el móvil principal de su conducta por lo que respecta á las clases inferiores de la



Moneda de Luis VI. (Compiègne.)

sociedad. Nadie se atrevería hoy á decir que Luis *el Gordo* fué el autor del movimiento de emancipación que transformó en el siglo XII la condición del labrador y del burgués. Esta evolución, comenzada mucho antes de su reinado, continuó mucho después de él. El la secundó cuando halló en ella beneficio, y la combatió cuando juzgó que atentaba á su autoridad ó á su fisco. No se ve que en su dominio particular librase más siervos y privilegiase más hombres libres que sus predecesores. La mayor parte de labradores y burgueses cuya situación mejoró con sus concesiones, pertenecían á señores de la Iglesia. Tenía necesidad de ser agradable al clero. Si otorgó un cierto número de cartas comunales fué porque la burguesía se las pagó, ó porque juzgó beneficioso al poder real mirar quebrantada en las ciudades la autoridad de los obispos. Mantes y Dreux fueron las solas localidades de su dominio propio á las cuales dió una constitución libre, y aun no se parecía sino muy remotamente á las de las grandes repúblicas de Picardía ó de Flandes. La carta de Lorris en Gatinais, de la que es preciso concederle el honor, no confería á los habitantes sino privilegios de orden económico, sin darles ni la sombra de una libertad administrativa. No fué sino la obra inteligente de un dueño que no quiere renunciar á ninguno de sus derechos esenciales; pero consiente en el alivio de la población explotada para enriquecer á la señoría. Igual razón determinó á Luis VI á suprimir en algunas grandes ciudades, principalmente en París y en Bourges, ciertas costumbres vejatorias de que abusaban los agentes reales.

No es posible hacer, pues, de ese Capeto un rey emancipador, favorable por sistema á las reivindicaciones populares, como no es posible presentarle como un soberano reformador. Aunque bajo su reinado tomaran las instituciones monárquicas, por el desenvolvimiento natural de las cosas, un carácter de regularidad que no tenían en el período precedente, su obra legislativa y administrativa, poco importante, no cambió nada de

esencial en la organización del dominio y del poder monárquico. El recuerdo de Luis *el Gordo* se conservó, sin embargo, en la memoria del pueblo. Y es que ese rey soldado, destructor del pequeño feudalismo, protector de las tierras de la Iglesia, batalló después de todo por la salud de los débiles y de los oprimidos. Incendiando los baluartes de los castellanos, vengaba á los labradores despojados, á los monjes perseguidos, á los mercaderes ultrajados y obligados á rescate. Por este lado la causa del monarca se confundía con la del pueblo. Luis *el Justiciero* (como le llamará en el siglo XIII el Menestral de Reims, eco de la tradición burguesa) comienza á formar el tipo de esa realeza bienhechora, que encontrará más adelante, en una alianza definitiva con las clases humildes, el más seguro y rápido medio de vencer las altas resistencias.

V.—*El prestigio de la realeza capeta*

Dos sucesos ocurrieron al final del reinado, que tuvieron uno y otro considerable resonancia, doble indicio del renombre del soberano y del real progreso de la monarquía.

Se ha visto que en 1124 el rey de Inglaterra Enrique I se alió contra Luis *el Gordo* con el emperador alemán Enrique V. Quería éste hacer pagar cara al Capeto la protección concedida por Francia al Pontificado en su conflicto con el Imperio. Un ejército alemán invadió el reino francés por la Lorena y se dirigió sobre Reims. No era la primera vez que una invasión venida del Este amenazaba al reino de los francos de Occidente: el hecho había tenido precedentes en el siglo X, bajo los últimos príncipes carolingios. Pero jamás una agresión de Alemania había suscitado emoción igual. Se vio agruparse rápidamente en torno del rey todas las fuerzas militares del feudalismo y de la Iglesia, al menos las de la Francia del Norte, pues los contingentes de la Aquitania y de la Bretaña y de Anjou no habrían podido llegar á tiempo.

«Cuando de todos los puntos del reino, dice Suger, se reunió nuestro poderoso ejército en Reims, halló una inmensa cantidad de caballeros y de gente de á pie, comparables á nubes de langostas que cubrieran la superficie de la tierra, no sólo sobre las márgenes de los ríos, sino sobre las montañas y las llanuras. Esperó el rey allí una semana entera, y á la llegada de los alemanes los grandes del reino se prepararon al combate diciendo entre sí: «Marchemos resueltamente contra los enemigos; que no vuelvan á sus hogares sin haber sido castigados y no puedan decir que han tenido la orgullosa presunción de atacar á Francia, la soberana de la tierra. Que alcance su arrogancia lo que merece, no en nuestro país, sino en el suyo mismo que los franceses han subyugado y que debe permanecerles sometido en virtud del derecho de soberanía que han adquirido sobre él; lo que han proyectado emprender furtivamente contra nosotros devolvámoselo á cara descubierta.» Algunos otros más experimentados aconsejaban «esperar que los enemigos hubiesen entrado en nuestro territorio, cortándoles la retirada y degollándolos sin misericordia como á sarracenos, abandonando luego á los lobos y á los cuervos los cuerpos insepultos de tales bárbaros: matanza justificada por la necesidad de defender nuestro país.» La

armada real dividida en cinco cuerpos, sostenida por una retaguardia que mandaba el conde de Flandes, ofrecía esta vez un aspecto regular y se organizaba para el combate. Luis tomó igualmente medidas de precaución para asegurar descanso y víveres á los hombres y un lugar seguro para los heridos.

Puede decirse que fueron inútiles estos formidables preparativos. Había Enrique V pasado apenas Metz cuando se retiró prudentemente, sin haber combatido. Luis *el Gordo* no le siguió; tenía demasiadas preocupaciones en su propia casa para tomar á su vez la ofensiva. Pero esta abortada expedición originó un resultado decisivo. Se produjo allí, en esa llanura de Champaña en que el ejército capeto se agrupó alrededor del estandarte de Saint-Denis, un fenómeno característico que volverá á observarse en Bouvines. Durante algunos días al menos, el señor de la Isla de Francia había sido realmente el rey de Francia. El propio enemigo por herencia de la dinastía, el conde de Chartres, Thibaut IV, se había creído obligado á enviar su contingente de soldados. Los príncipes independientes habían pensado en un peligro nacional; se habían acordado de que pertenecían á un reino y el reino tenía un jefe.

Así opinó ese duque de Aquitania, Guillermo X, que no dejando sino una hija por única heredera, escogió para casarla y tomar posesión de su vasto feudo al sucesor designado por Luis *el Gordo* (1137, abril-junio).

Aquí, como en tantas otras circunstancias, la Iglesia prestó su concurso á la realeza. El arzobispo de Burdeos y los obispos de Aquitania no fueron extraños, sin duda, á la decisión de su duque. No queda rastro de sus negociaciones con el rey de Francia; pero la historia ha conservado el acta por la cual la dinastía capeta recompensaba el servicio prestado. Tal fué la significación de la carta de 1137 otorgada por Luis *el Gordo*, y confirmada inmediatamente por Luis *el Joven*, en favor de todas las iglesias de Aquitania. El rey les concedía importantes privilegios: completa libertad para la elección de sus prelados; supresión del formulismo del homenaje y de la fidelidad; autorización para, cuando resultaran las sedes vacantes, hacer pasar íntegramente los bienes eclesiásticos á los obispos elegidos. La Iglesia de Aquitania hacía pagar al Capeto el acrecentamiento inesperado de territorio que le proporcionaba. Accedió él á todo lo que se le pidió, tanto ansiaba extender la soberanía directa de la corona, más allá de Burdeos y Agen, hasta la extrema frontera de los Pirineos.

Aumento más honorífico que de poder real. No estaba todo en absorber de una vez la Auvernia, el Poitou, el Lemosín, el Perigord, el Bordelais, el Agenais y la Gascuña, habitados por un feudalismo indomable; faltaba todavía que pudiesen digerir ese trozo de realismo. Pero preocupaba poco el porvenir y los obstáculos. Cuando, en el mes de julio de 1137, Luis *el Joven*, rodeado de una suntuosa escolta de altos barones, de arzobispos y de obispos, dejó las márgenes del Sena para dirigirse hacia esas regiones del Sudoeste que desde tan remoto tiempo escapaban á la dominación real, pudo Luis *el Gordo* imaginarse que no estaba lejana la hora en que la monarquía, dueña ya de una gran parte de Francia, acabaría de conquistar el resto y de realizar la unidad soñada. No tuvo tiempo para gozarse en esta ilusión. Un mes después de la salida de su hijo, la disentería se

apoderó de él á los cincuenta y seis años, y murió rodeado de obispos y de abades, revestido del hábito monástico y tendido sobre un tapiz donde se había echado ceniza en forma de cruz (1.º de agosto).

CAPÍTULO VI

EMANCIPACIÓN DE LAS CLASES POPULARES

I. Libertades rurales.—II. Libertades urbanas.—III. Movimiento comunal.

El declinar del siglo XI, que vio realizarse tan grandes cambios en el orden religioso y político, fué también por excelencia una época de progreso social. Mientras se regenera el mundo eclesiástico, el alto feudalismo se organiza y recobra la realeza conciencia de sus derechos, comienza la agitación y se extiende á las capas inferiores. Hasta ahora las masas populares no habían revelado su existencia y su deseo de un cambio de estado sino por inútiles insurrecciones ó por conquistas pacíficas, aisladas, poco numerosas, sin influencia sobre la situación general. El desenvolvimiento de las clases inferiores continúa para nosotros muy obscuro, se efectúa sólo en el orden económico. En la época de la reforma y de la cruzada, todo cambia, las ciudades entran en efervescencia, el océano popular se agita.

El siervo buscando libertarse; el obrero escapando á la servidumbre del señor y reclamando el trabajo libre en el seno de la corporación; el comerciante y el burgués aspirando á comerciar libremente, á administrarse y á juzgarse por sí mismo; las ciudades esforzándose por obtener de grado ó por fuerza la independencia completa, en una palabra, una oposición formidable al régimen que tenía por base el señorío y la tiranía de los privilegiados, tal es el espectáculo nuevo que se ofrece á los ojos por todas partes. Aquí los actores no tienen nombres ni fisonomías distintas. Son masas de hombres que evolucionan, categorías enteras de personas, colectividades rurales ó urbanas que transforman su condición por calladas y progresivas victorias ó por bruscas revoluciones.

La idea que excita y dirige todas estas energías no tiene nada de abstracta ni de elevada. En esa crisis de la sociedad francesa no trabajan los hombres como lo hicieron muchos en la época de la revolución de 1789 para satisfacer principios en nombre de la libertad y de la dignidad humanas. Se trata aquí, ante todo, de mejorar materialmente la suerte del mayor número, de pagar menos y ganar más; en una palabra, de limitar lo más posible la explotación del señor. Estos son los intereses que están en juego. Hasta en las comunidades más ansiosas de substraerse al yugo del amo, no llegaron sino subsidiariamente los burgueses y como por sorpresa á apreciar y á reclamar los derechos políticos. No buscan la independencia en sí misma, sino como un medio seguro de guardar y aumentar su haber. El mismo deseo de obtener una jurisdicción que les pertenecía no era en gran parte sino una reivindicación de orden material, ya que en la Edad media la justicia era principalmente una renta.

En todas las provincias de Francia las aspiraciones populares se manifestaron en grados diferentes, pero

bajo formas casi idénticas. Los inferiores solicitaban desde luego que la costumbre fuera fija y regular, es decir, que las exigencias del señor no traspasaran la medida tradicional. Rechazaban las tasas extraordinarias, los malos usos, las vejaciones, los derechos nuevamente establecidos. En muchos casos, la Iglesia, interesada en proteger á sus súbditos contra la rapacidad de los castellanos y de los procuradores que bajo pretexto de patronato los oprimían, se asocia á la resistencia de los explotados, reclama de los atentados contra la costumbre y obtiene el rescate ó la supresión de las tasas indebidas. Pero el medio mejor de fijar la costumbre es escribirla; se pide al señor la redacción sobre pergamino, sellado con un sello, de los derechos consagrados por el uso. Nace de aquí poco á poco la idea de un contrato estipulado entre la autoridad señorial y los súbditos.

El contrato existía ya como lazo social, pero para la clase noble, en provecho exclusivo del feudalismo, que, por lo demás, lo violaba por lo menos tanto como lo observaba. Bastaba transportarlo á otro mundo, extenderlo á las relaciones del señor con las clases inferiores. Esta aplicación nueva de la idea de contrato iba á ser para el pueblo el punto de partida de una serie inacabable de mejoras y de progreso. Habiendo labradores y burgueses hallado, cada uno en su esfera, el medio de asociarse y de fortalecerse por la unión, no tuvieron en adelante otro objetivo que obtener del señor por dinero ó por fuerza una carta destinada á consolidar la costumbre ó á consagrar nuevas condiciones, á fijar el derecho antiguo ó á legislar las conquistas recientes. La multiplicación de las cartas de franquicia, de privilegios de comunes, representando la infinita variedad de las concesiones obtenidas, constituye el rasgo característico, el signo material y visible de la revolución que se opera, cuyo fin no verá la Edad media.

I.—*Las libertades rurales (1)*

Los siervos vecinos alcanzaron su parte en el progreso general. Les es más fácil que antes escapar del señor y hacer fortuna en el extranjero. «Un siervo de la abadía de Saint-Benoit, llamado Stabilis, caído en la miseria por obra de los tiempos, abandonó la tierra en que había nacido y fué á Borgoña y allí se estableció. Encontró el medio de enriquecerse por su trabajo y de cambiar su antigua condición de labrador por la noble profesión de las armas. Elevándose á destinos cada vez más altos, obtuvo dinero en abundancia, llenó de caballos sus cuadras, de halcones su jaula, se hizo con jaurías de perros de caza, y con un ejército de criados

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Delisle, *Etude sur la condition de la classe agricole en Normandie*, 1851. Luchaire, *Manuel des institutions françaises*, 1892, 3.ª parte: *Les Institutions populaires*. J. Flach, *Les Origines de l'ancienne France*, tomo II. Glasson, *Histoire du droit et des institutions de la France*, tomo V. V. M. Fournier, *Les affranchissements du X au XIII siècle*, en la «Revue Historique», tomo XXI, 1883. Brutails, *Etude sur les conditions des populations rurales du Roussillon au Moyen âge*, 1891. Prou, *Les coutumes de Lorris*, 1884. Imbart de la Tour, *L'Evolution des idées sociales du XI au XII siècle*, en las «Séances et travaux de l'Académie des sciences morales», 1898. H. Sée, *Etudes sur les classes rurales en Bretagne au Moyen âge*, 1896. *Les droits d'usage et les biens communaux en France au Moyen âge*, 1898. *Les Hôtes et les progrès des classes rurales en France au Moyen âge*, 1898.